

mada brigada, se componia de unos cuantos soldados presidiales. Las avanzadas del enemigo habian estado á tiro de fusil.

El ejército entero se habia concentrado en la Encarnacion, donde se detuvieron las primeras tropas en espera de las que venian atras. Una vez reunidas todas, les pasó revista el general en jefe, que montó entónces á caballo, y recorrió las filas de sus soldados entre los mas entusiastas vivos. Su presencia, en medio de su estado mayor, anunciaba que el momento del peligro estaba próximo y que se disponia á arrostrarlo con valor. Segun el estado que se formó allí de las fuerzas, habia entónces 14,000 hombres de todas armas. Así, ántes de encontrar el enemigo, habia ya una baja de 4,000, proveniente de los muertos, de los enfermos, de los cansados y de los desertores. Pero los que quedaban, se sentian reanimados con solo la proximidad del enemigo; disponian sus armas para el combate; victoreaban á sus gefes; daban muestras del arrojo con que se condujeron luego en la batalla.

A la una del dia 21 tomó la tropa su rancho, y llenó de agua sus caramañolas: despues salió para el puerto del Carnero. Abrian la marcha los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia: seguia detras el batallon de zapadores con la batería de á 16: luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega, denominadas entónces, la primera, de vanguardia; la segunda, del centro; la tercera, de retaguardia; despues, el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones, y el material de guerra; en seguida, la caballería de Juvera y Torrejon; y cubria el general Andrade la retaguardia de todo el ejército.

Aunque el general Santa-Anna dió orden para que no pasasen de la Encarnacion las mugeres que seguian á la tropa, no fué obedecido; de suerte que un número muy grande de ellas continuó para adelante, formando un nuevo ejército.

La noche se pasó en el puerto del Carnero: allí estuvieron los cuerpos ligeros y los húsares y el resto de las tropas entre un magnífico palmar. En la noche, dice una relacion que un testigo ocular publicó en un periódico de la capital, "el frio nos atormentó lo que no es "decible: el ejército crujido, casi por un instinto de desesperacion "prendió fuego por diversos puntos al bosque de palmas. La llama

“trepó incendiando sus copas, y un océano de fuego se improvisó con sus olas horrorosas en medio de los aires. . . . El espectáculo era imponente, sublime; á su luz se veía á los soldados hambrientos, desfallecidos de frio, como un ejército de cadáveres.”

El 22 se continuó la marcha: el general Santa-Anna volvió á montar á caballo: se presentó á las tropas escitando su ardimiento: se adelantó hasta donde marchaban las mas avanzadas, cuyo entusiasmo subia de punto al verlo. No se tardó en recibir noticias de que los americanos, que se habia creido que se defenderian en el punto de Aguanueva, habian abandonado esta hacienda, entregándola ántes á las llamas.

Luego que Santa-Anna se cercioró de la verdad de lo que se le referia, partió velozmente hasta Aguanueva, con su estado mayor y los húsares. Llegado allí, determinó seguir adelante en persecucion del enemigo, por lo que mandó orden á la caballería para que tomara la vanguardia. Cumpliéndose con lo mandado; y mientras las divisiones de infantería se detenian para proveerse de agua, la caballería entera pasó sin que un solo hombre se detuviera á beber una gota, á pesar de que venian todos cansados, sin aliento y muertos de sed. Al atravesar la hacienda, dirigian la vista con tristeza al aguage, que los convidaba con sus ondas cristalinas; pero sumisos á la voz del deber, se alejaban á todo escape, sin abandonar sus filas.

Poco se dilató en alcanzar á los enemigos en el campo de batalla conocido con el nombre de la Angostura. El terreno que se acababa de andar, estaba formado de vastas y estensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el empuje vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se habia detenido para combatir, empezaban dos series sucesivas de lomas y barrancas, que constituian una posicion verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposicion del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuviesen el triunfo, no seria sin una pérdida de consideracion.

Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió

orden el general en jefe para que la infantería apresurara su marcha, caminando á paso veloz. Así se verificó: á pesar del cansancio de la tropa, se siguió adelante hasta llegar á la Angostura, con lo que se completó una jornada de 12 léguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, la brigada del general Mejía se situó á la izquierda de éste entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería. El resto de la infantería se colocó á la derecha, formando en dos líneas con sus competentes reservas y baterías. Las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.

Respecto de los cuerpos ligeros, el general en jefe dispuso que Ampudia, que los mandaba, fuera á apoderarse de un cerro que habia quedado abandonado á nuestra derecha, y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posicion; pero el general Taylor conoció entónces la falta que habia cometido, y para remediarla envió por su parte una fuerza respetable, esperando que llegaria primero que la nuestra. Las dos divisiones se acercaron una á otra: conociendo que la ocupacion del cerro no era ya empresa fácil, y que no debia quedar sino en poder del vencedor, rompieron sus fuegos, trabando un reñido combate. Ademas de la oposicion del enemigo, aquella eminencia presentaba por sí misma obstáculos de consideracion: el ascenso era casi perpendicular, de suerte que aun para subir el parque habia penosas dificultades, siendo necesario valerse de mil arbitrios para superarlas.

El combate continúa con encarnizamiento: la noche cierra completamente, y está aun indeciso el resultado. Los cuerpos ligeros se baten con desnudo: el resto del ejército, simple espectador de la accion, sigue ansioso con la vista la direccion de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. “Luego que oscureció,” dice la relacion citada anteriormente, “el espectáculo era magnífico. Se veia flotar realmente en los cielos una nube de fuego, que ó se elevaba ó se abatía, segun los enemigos ganaban ó perdian terreno.” Por último, los americanos ceden; sus soldados se retiran; los nuestros coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.

El resto de la noche se pasó al vivac y enfrente del enemigo. Es-

tuvo lloviendo: el frio era crudísimo: se habia prohibido hacer lumbadas, por lo que no se veia ninguna luz en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girara sonriendo sobre sus cabezas, mientras algunos oficiales velaban, agobiados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.

Amaneció el 23: la aurora de aquel dia de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los cuerpos: el general Santa-Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañon comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco despues; y como no hubo tiempo para reparar el rancho, los soldados pelearon todo el dia sin tomar alimento.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en jefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entónces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco (D. Santiago) compuesta de los batallones de zapadores, misto de Tampico y Fijo de México, llevando al regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la division del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atras, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguia la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4.º de línea, seguia batiendo á las fuerzas americanas que habia al pié del cerro.

La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañon, mientras que las otras divisiones estaban aun léjos del enemigo. Sin embargo, aquella no se desconcertó: los soldados seguian impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrian en sus filas, con la arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa-Anna, observando los estragos que sufría, dispuso que se detuviera, abri-

gándose tras de una colina que podia defenderla del fuego de los americanos.

Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habian roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su division en el general Perez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisoña, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibia de frente, y mas aun por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersion es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la division del general Perez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á 8 que mandaba el capitán Ballarta, y que Santa-Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltoarena. El fuego de las piezas que la componen, ocasiona á los contrarios pérdidas de consideracion: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos, que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrozados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ámbas partes han caido en esta sangrienta lucha.

Grande habia sido en efecto el arrojo con que unos y otros habian peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descienden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin dejar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba á abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los mas distinguidos, y así, por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heróicos.

El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgracia, estaba algo distante, y cuando llegó, ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, car-

ga con desnudo, dirigida por el valiente general Juvera: todos cumplen con su deber: el general D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena-Vista. Parte de la caballería siguió tan lejos en su persecucion, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posicion.

En la primera carga, que acabamos de referir, habian vencido las armas mexicanas; pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos, exigian esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario ir las tomando una por una, á costa de la sangre de la parte mas escogida del ejército.

Para dar la segunda carga, ántes que se disipe el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habian batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltorena, única que jugaba por nuestra parte, destroza á los contrarios: se llega á la boyoneta, batiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros valientes vencen: los americanos se replegan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

En estos momentos se presentan al general en jefe unos parlamentarios, intimando rendicion. Santa-Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretension. Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, si no fuera porque el envío de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa-Anna le habia enviado otro previamente, y así lo asegura en su parte oficial. En aclaracion de los hechos, vamos á esplicar en lo que consistió esta equivocacion.

Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagema de fingirse par-

lamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa-Anna; pero Montoya, que tenia sus razones para no presentársele, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.

Despues del segundo combate, que seria entre las diez y las once del dia, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algun respiro, y á las doce vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habian vuelto ya á entrar entónces en batalla los zapadores y demas cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella direccion, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejon carga sobre ellas, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La accion se generaliza: nuestra línea avanza: los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habian hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el extremo de la loma misma en que se batian los enemigos. De nuevo se empeña la refriega: por ámbos lados se multiplican los muertos y heridos: unos atacan bizarramente; otros se defienden con gallardía; ninguno cede: el combate se prolonga por horas enteras; y solo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posicion. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.

En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero: las tropas, muertas de cansancio, se detienen: el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas despues de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo ántes de ceder enteramente la palma de la victoria; pero la batalla ha cesado: la carga que se acababa de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, ménos una, le basta conservar ésta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor: alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los en-

cuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable: hubo tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Durante la acción, la brigada del general Miñon estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buena-Vista, ya al Saltillo. Su inacción ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa-Anna y Miñon, en la que no entraremos nosotros, porque nuestro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.

La nación tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos mas valerosos: cuarenta gefes salieron heridos: entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; comandante de batallon, D. Julian de los Rios; y comandantes de escuadron, D. Ignacio Peña, D. Juan Lullando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.

En la relacion antecedente no se ha hecho mas que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á mas de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimacion de sus conciudadanos. Se vió á varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto del mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que solo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrian decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.

El general Santa-Anna no ha participado de esta inculpacion. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrostró el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!



CAPITULO VII.

RETIRADA DEL EJERCITO A SAN LUIS

MARCHA A CERRO-GORDO.

La batalla de la Angostura habia concluido. Las columnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la órden de poner fin al combate, y de retirarse á la oracion de la noche para Aguaneva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaban enteramente en el sitio donde habian peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su estension, para engañar al enemigo, el general Torrejon con la tercera brigada, compuesta de un escuadron del Ligero de caballería, los regimientos 3.º, 7.º y 8.º, y el activo de Guanajuato.

Nuestros soldados habian desplegado un valor digno de mejor suerte: se habian arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte, exclamaban: "Viva la República," y espiraban. Así peleando por causas ménos justas, se encarece que los valientes del ejército grande, que el capitan del